

EL CASTILLO



CADA época tiene su modo de expresión. Nos parece que la de ahora, que no sabemos si es con exactitud la nuestra, se parece a los siglos postreros de la Edad Antigua y albores de la Edad Media. Ha reaparecido el juglar. En los

modos de cantar pueden entreabrirse conexiones de orden espiritual y social que nos permitan, sin ir demasiado lejos por ese camino, establecer paralelos y comparaciones. Charles Aznavour sería un trovador. Lo son Los Beatles, con el laúd al hombro. Los divos que cantaban eufóricamente el Torna a Sorrento en los años treinta, aquellos Tito Schipa o Carlos Gardel de nuestra mocedad, se manifestaban a pleno pulmón para la masa, entonaban canciones que, de su ánimo, trascendían a la colectividad. Los destinatarios de aquellos arpegios éramos todos, una enorme multitud indescifrada. Los cantantes de ahora cantan, en cambio, para cada uno. Las canciones de los tiempos anteriores aspiraban a convencer y a emocionarnos colectivamente. La ambición de las letras y aún de las músicas de hoy es confidencial; ambas van destinadas individualmente a cada uno de nosotros. Cuando, en torno a los muchachos ingleses de la guitarra eléctrica se forman los tornados histéricos de las jovencitas, advertimos que, en sus explosiones nerviosas y en sus aullidos destemplados, cada una de ellas, pese a moverse en una marea colectiva, está absolutamente sola, reacciona solitariamente y actúa con independencia de las demás, en una reacción epiléptica que la peculiariza y extrae del conjunto. Quizá ninguna de esas fans de Los Beatles se haya sentido nunca tan sola y aislada como en estos instantes del trance. El impacto que producen la música y la canción de Los Beatles, es un impacto personal, que altera individualmente el sistema nervioso y el ritmo cordial de cada una de sus seguidoras. En el fondo, cada una de ellas es, en aquel instante, la protagonista de una escena de amor juglaresca y medieval, como si estuviera encerrada en un castillo y se dejara nublar por la voz solitaria que le llega del valle, al que no puede siquiera asomarse. Es precisamente la impresión hiperbólica de estar encasillada, encastillada, la que impide a cada una de esas jovencitas dar suelta y réplica normal a una emoción tan contenida. De ahí, la terrible idea de desesperación psíquica que el raro espectáculo nos produce, cuando lo contemplamos en los noticiarios.

Los Beatles son unos trovadores; y hasta sus canciones son melopeas de juglar, sensibilizadas como una confidencia para un auditorio íntimo y directo. Nadie, objetivamente, podría considerar a esa música capaz de enardecer a las masas. Con el Torna a Sorrento era distinto. Esta era una música de ágora y plaza pública, capaz de producir extensas oleadas de adhesión. Pero el *I Should have know better* de Los Beatles no obtiene esta adhesión más que pieza a pieza, corazón a corazón; en realidad, esta circunstancia define a una de las condiciones de la moral de nuestro tiempo, que quizá se pueda caracterizar como la suma ingente de las soledades de cada cual.

Charles Aznavour crea sus piezas como las creara un trovador. En el fondo, no es más —ni menos— que un poeta que musita. Charles Aznavour elabora sus piezas como un poeta. Arranca en principio del verbo; pone de nuevo en marcha la teoría, hoy ya abandonada, de la inspiración en la que la obra nazca a partir de una palabra o de un concepto ideal, que aparece en su ánimo sin que él mismo sepa por qué. Los couplets de otro tiempo tenían un origen totalmente distinto. Se inventaba el ritmo y a él se le adecuaba luego la letra. Hasta el mismo músico ofrecía al libretista un guión o "monstruo" para que amoldara una letrilla a la melodía previamente ideada. Pero Aznavour vuelve a los procedimientos de elaboración original de la poesía, y hasta de la invención misma de la palabra. Es un breve soplo de luz el que alimenta la creación primigenia del verbo musical. La música es aquí poco más que un elemento de dición. Aznavour, como Los Beatles, sabe que un ánimo indefinido está esperando en algún lado esa confidencia; advierte que hay un corazón plausible en algún lado —tal vez tras una ventana, en el castillo— aguardando una voz, que sea como un eco de sus propios sentimientos turbados y de lo que, de algún modo, late sin definición en el fondo del alma. El grande éxito popular de esas canciones y la enorme audiencia de esos trovadores es precisamente que cantan para alguien que está en un castillo. Aunque los audito-

res y comensales de ese banquete pululen libremente en los vagones de metro y en las cafeterías, alrededor de cada uno de ellos parece que existan los altos muros inaccesibles de las torres del homenaje.

Como un juglar, Aznavour surgió a su arte sin explicación alguna coherente; surgió porque sí. Ya había previsto Bernard Shaw en "Hombre y Superhombre", que el héroe de nuestra civilización sería el mecánico. Aznavour era el mecánico de Edith Piaf. Cómo ascendió a la magistratura de la canción moderna será para nosotros fenómeno inexplicable. No es siquiera necesario para ello una larga escuela ni poseer una voz excepcional. Empezó a cantar como los jilgueros. Hay que decir, simplemente; hay que decir las cosas más sencillas, pero más anheladas, con una elocuencia misteriosa y especial. Eso hace el trovador. La elaboración de ese susurro es sincera y sin artificio. Aznavour inventa sus creaciones como las inventara Musset: unos trazos en el papel, una sugerencia. Millares de mujeres escucharán esa canción con el ánimo en suspenso. El clamor admirativo que suscita no es consecuencia propiamente de las canciones, sino del eco que encuentran en el ánimo. La clave de tan extensa repercusión no es la letra, ni la melodía; sino la soledad inconfesada del que las escucha.

Millares de personas buscaban en la difícil vida social que nos rodea infinidad de sucedáneos para su triste despego. El coleccionismo o los negocios eran el narcótico con que muchos hombres nublaban la conciencia de su propia soledad. Las mujeres escabullían a veces su propia soledad con los cuidados de un perrito. A un mundo que estudia los procedimientos para controlar los excesos de la natalidad, a un mundo que, demográficamente, no hace más que extenderse en proporciones dramáticas, debiera serle más fácil cada día encontrar recíprocas compañías; pero no es así. Por el contrario, el castillo individual está cada vez más sediento de voces amigas que le lleguen de fuera. Y por ello renace el juglar y prolifera el trovador sosegado, que canta, a cada corazón, lo que este corazón quería escuchar en cada instante.

El problema es, en sí mismo, insoluble; pero las soluciones para facilitarnos el acceso a la voz-amiga son cada vez más fáciles. El juglar se ha acercado a sus idealizadoras. Ya no hay que echar por el ventanuco la escalera o la cuerda. Ya no habrá que repetir la desesperada escena de amor con Clelia, la protagonista de *Sthendal*, se cortó la trenza de ébano y la lanzó por los aires a Fabrizio del Dongo, que esperaba a la intemperie esta dramática mutilación. Ahora, la voz amada está al lado de todos los seres de nuestra civilización. Llega a las alcobas y suena en las cabeceras, desde las píldoras en pasta que una próspera industria ha elaborado en forma de discos. El acceso al castillo es un hecho usual. Ya no es una escalada, sino una inundación. El trovador acuna el sueño de los millares de seres proscritos de toda efusión sentimental. La voz ha franqueado el castillo, aunque no lo haya destruido.

la voz humana

Nuestra civilización, faltada oficialmente de toda motivación sentimental; nuestra civilización, que se caracteriza hoy por planteamientos pragmáticos, supera a cualquiera otra de las que la precedieron en aptitud de escucha y en exigencia de cordialidades. Entre los ruidos mecánicos que producen los cohetes y los satélites artificiales, entre el silbido que deja en el aire la reacción de los jets, parece que acierte a imponerse de nuevo, a través de la confidencia de Aznavour, la voz cálida y el tono del Ronsard de los epigramas y de los requiebros. Bajo el estruendo de los misiles suspira de nuevo la balada.

¿A quién va destinada esta balada? Probablemente ella es anuncio de un nuevo renacimiento humano, contra los grandes plafones ideológicos, contra la masificación desmesurada, contra la distribución del mundo en latifundios técnicos y económicos. ¿No sería hora de que volviera a latir el corazón del hombre, es decir: de cada hombre?

Es preciso que en la mitad de tan horribles ruidos metálicos, prevalezca la capacidad que la voz humana tiene todavía de encender los elementos de la pasión eterna. No le basta al hombre con el dominio del Universo; lo que al hombre le conviene es mantener su posibilidad de entregar una flor. No todo en la historia es técnica y progreso. A veces, la historia avanza por la regresión sutil de lanzar un suspiro. Muchas grandes civilizaciones han surgido por una frase amable; si callara la mecánica volveríamos a escuchar un laúd.